

669316

AL RESCATE DE LA BUENA NOVELA CHILENA

Frente a la intrascendencia de un tipo de literatura para vender en los supermercados de los "hombres-boom" de este período, se produce un rezago muy valioso de apreciable narrativa apenas conocida por los chilenos. Esta nota rescata a algunos de estos olvidados

Cuando ciertos textos, por llamarlos así, se dedican a la pasión de los pirulos y otros a los refunfuños culinarios con un éxito comercial y una parafernalia "crítica" digna de mejores causas, la lectura, o relectura, de novelas publicadas un tiempo atrás, permite tener confianza en el destino de la narrativa chilena. No son muchos los casos, pero sí los de *El picadero* de Adolfo Couve y *Ventana al Sur* de Enrique Valdés.

El aislamiento a que hemos estado sometidos por diez años respecto a lo que se escribe en otras latitudes de América Latina, impide una visión del trabajo creativo de lo que un estudioso denominó —con un dejo de humor quizás no deseado— la generación de los **novísimos narradores**, incluyendo en ella a los escritores nacidos entre 1935 y 1949. Si poco sabemos de la escritura de Antonio Skármeta, Poli Délano, Ariel Dorfman, Patricio Manns, Mauricio Wacquez, todos narradores chilenos fuera del país, qué pensar entonces de la producción reciente de un sinnúmero de escritores latinoamericanos que son, o debieran ser, los "vasos comunicantes" naturales para un diálogo real y fructífero con los nuestros. Un novelista mayor, quizás el único con que contamos, José Donoso, ha escrito reiteradamente sobre este verdadero suicidio intelectual del que hemos sido víctimas por tanto tiempo. Es de esperar que con el alejamiento de los canarios taiwaneses y de las golondrinas coreanas, que tanta tristeza causan a más de uno, se reinicie una comunicación enriquecedora para nuestros escritores y, por cierto, para los lectores que han estado también sometidos a un ineluctable y descarado bombardeo de **best sellers** de la peor especie.

Ante esta situación tan desmedrada, los novelistas chilenos reales, es decir, aquellos que consideran a la literatura como una obra de arte y no como un simple medio para estimular desafortunados apetitos publicitarios, realizan su labor en una soledad cercana a lo marginal.

No es el caso de la poesía, porque como decía *in illo tempore* Jorge Teillier, "En Chile todos son poetas, menos...". "completar la frase quedaba a gusto del consumidor de turno.

DOS VOCES PARA LA MEMORIA

En *El picadero* y en *Ventana al Sur* ambas primeras novelas de escritores que vienen de mundos diferentes, tanto en lo artístico como, al parecer, en lo personal, hay similitudes y diferencias. Couve, pintor, además de profesor de historia del arte; Valdés, poeta y músico, además de profesor de castellano. Couve (1940) nació en Valparaíso; Valdés (1943) en algún rincón de Aisén, a orillas del Baker posiblemente (Soy yo el que no tengo el dato. Valdés sabe perfectamente donde nació). Estos antecedentes, por cierto nunca definitivos para comprender un texto literario, adquieren cierta dimensión por dos razones. La primera porque la **forma** que asumen ambas novelas es la autobiográfica, donde la mirada de los narradores se proyecta desde la adultez hacia ciertos momentos de lo que Freud llamó "el carácter tendencioso de nuestros recuerdos". Por otra parte, los mundos narrados tienen como espacios privilegiados, Valparaíso y zonas vecinas en Couve, y Aisén en el caso de Valdés. No es posible, ni tampoco interesa saber, si los acontecimientos narrados son experiencias reales, vividas por los autores. Sin negar la importancia que tienen en su

gestación los "fantasmas" personales, la suficiencia artística de un texto literario se prueba en primera instancia, en sí mismo.

Si se reconstituye la historia, es decir el orden cronológico de los acontecimientos, la narración de *El picadero* abarca un tiempo no preciso, pero extenso. A pesar de su brevedad (115 páginas en la edición de la Editorial Pomaire) el mundo narrado se extiende desde un momento de la época colonial —la llegada al Reyno del Gobernador Zapiola— hasta un indeterminado instante de la actualidad —"la muerte" del señor Sousa, último descendiente de Zapiola. Es, por lo tanto, la historia de una familia, mejor dicho de un linaje que está marcado por un estigma original: la muerte violenta. Tanto Zapiola como Angelino Sousa, el último "vástago de una vieja y noble estirpe", tienen igual fin.

La narración es fragmentaria, entregada por varios narradores. El básico es un narrador en primera persona, personaje y testigo a la vez. El evoca, ya adulto, su relación con la familia Sousa desde el momento en que Blanca Diana de Sousa lo busca como una suerte de sustituto de Angelino, su hijo muerto. La memoria de este innominado narrador permite la apertura del mundo desde una cercanía marcada por la presencia de Blanca hasta una distancia tal que lo transforma en un cronista de la historia familiar de los Sousa. De ahí que su experiencia personal vaya poco a poco diluyéndose y surja un narrador en tercera persona que posee un grado de conocimiento del mundo mucho mayor. Por otra parte, la necesidad de estructurar las situaciones narrativas involucra a otros narradores: el escribano de Zapiola y al propio Angelino en su frustrada relación con Thérèse en París, última oportunidad para continuar la estirpe.

Los personajes están cargados de ambigüedad, son como espejos enfrentados, por momentos casi intercambiables. Viven de forma escindida donde el presente está constantemente determinado por el pasado. La memoria, personal o colectiva, es el medio para actualizarlo.

DESDE EL PROFUNDO SUR

También la novela de Valdés es una mirada hacia el pasado, pero alcanza distintas connotaciones. No es ya lo evanescente, tan presente en Couve, sino lo real cotidiano, en especial la forma cómo Camilo —narrador, personaje, testigo— se inicia en la adultez para llegar a ser "un gaucho completo, y además un hombre", como afirma don Carlos, su padre.



Couve No 2. Sep. 6-XII-1983

Ventana al sur (Editorial Zig-Zag) está estructurada alrededor de un motivo privilegiado en la literatura desde Homero, el viaje. Dos instancias fundamentales, separadas en el tiempo, asume el viaje en el texto de Valdés. La primera de carácter iniciático; la segunda, el reencuentro con el padre y con el mundo de la infancia.

En el primer viaje, Camilo, muchacho, llega acompañado por don Carlos y Moroco a un lugar casi mítico e infernal, el Turbio, después de superar las pruebas de la iniciación: viento, agua, fuego, tierra, enfrentamiento con el animal guardián. Sólo después de esta experiencia logra alcanzar la plenitud, ser hombre. El otro viaje fundamental de Camilo, ya adulto, es el retorno a los orígenes, al reencuentro de su padre enfermo y de su propia infancia. Lo hace desde la ciudad, Valdivia, al espacio tiempo atrás abandonado, Aisén. Desde esta perspectiva, en una suerte de largo y fraccionado monólogo dialogado con el padre, Camilo reconstituye su historia y la de su familia durante un lapso que alcanza cronológicamente unos veinte años.

Novela de la memoria, por lo tanto, fraccionada, rescata momentos significativos del pasado. Aisén, como espacio, es ese pasado. De ahí que el marco natural donde se desarrollan los acontecimientos alcance una definitiva importancia. La naturaleza adquiere en la novela de Valdés una connotación significativa, a veces positiva, otras negativa. No es la mera descripción al estilo criollista, sino el hombre, el colono, inserto en un medio natural que, si bien muchas veces le es hostil, lo atrae y lo apasiona. Don Carlos, el padre de Camilo, es la representación más definitiva de esto. En cambio la madre, doña María, es la oposición, es la que busca constantemente que sus hijos se alejen, que estudien, que vivan en la ciudad. Entre estas fuerzas encontradas, entre estas dos visiones del mundo, se encuentra, a veces angustiosamente, Camilo.

Tanto Enrique Valdés como Adolfo Couve son narradores contemporáneos. No ciertamente por sus edades, sino porque asumen con plenitud recursos narrativos complejos para crear mundos imaginarios complejos, sin caer en una experimentación fácil, tentación tan frecuente en ciertos escritores chilenos, y tan vacía, habría que agregar. Nada es gratuito en ellos. El uso de múltiples narradores que asumen perspectivas y puntos de vista diferentes, la habilidad para condensar el tiempo de la historia, la manera cómo van conformando sus per-

sonajes, el relieve que alcanzan los espacios, son algunos de los expedientes técnicos que manejan con soltura. Todos enriquecen la narración y estimulan al lector, al bueno, al que todavía sobrevive en estos duros tiempos del desprecio, como diría Malraux.

Mariano Aguirre.

